



Ana Durá Gómez

Los Notengotiempos

© 2024, Ana Durá Gómez

© 2024, Alexia Editorial, S. L.

ISBN: 978-84-125526-6-9

Depósito Legal: M-12750-2024

Ilustraciones: María Felipe Hernández

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Dedicado a mi familia Sítengotiempo

Aclaración inicial

Lo de la familia Notengot tiempo venía de muy lejos. De tan lejos que los pobres ya no recordaban la última vez que tuvieron tiempo. Tanto era así que el apellido de la familia hacía mucho que había pasado a ser el de Notengot tiempo. Así, todo junto, que no os creáis que nos hemos saltado la clase de lengua y que no sabemos separar correctamente las palabras. Ah, y con mayúscula inicial, por supuesto, que estamos ante un apellido. Reconozco que puede ser un poco lioso y que esto de no tener tiempo no pinta nada bien, pero por eso mismo he empezado a escribir esta historia un viernes para que acabe requetebién. Por todos es sabido que lo que comienza a final de semana siempre remata de manera excepcional. Vamos a ver si con esto sucede lo mismo.

UNA FAMILIA CUALQUIERA

Los Notengotiempos vivían en una casa cuyo césped estaba siempre crecido y selvático, la pintura de la casa descascarillaba, el polvo se acumulaba en dunas saharianas y las plantas se hubieran secado si no fuera porque en la ciudad de los Notengotiempos siempre había tiempo para llover. Qué suerte habían tenido de que ahí en el cielo anduviera un jardinero con la manguera abierta y regara todos los huertos y campos de la zona con cierta frecuencia. De hecho, la verdura y la fruta más rica del país procedía siempre de la región en la que vivían los Notengotiempos, pero esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.



Como decíamos, el padre Notengotiempo, la madre Notengotiempo, los hijos Notengotiempo y el perro Notengotiempo residían en esta casita que sufría la desidia y el desinterés de esta familia que nunca tenía tiempo para nada y mucho menos para cuidarla. Puede pareceros curioso y hasta divertido esto de que los minutos se les escaparan entre las manos, pero no lo era. Se trataba de un problema bien gordo, aunque es cierto que como nada podían hacer al respecto, pues lo dejaban estar. No hay que preocuparse demasiado por lo que no tiene solución, ¿no? Y, sin duda, aquello parecía no tener arreglo por muchas vueltas que le dieran al asunto.

De modo que no había tiempo para nada y cuando digo nada quiero decir absolutamente nada. Bueno, no, eso no es del todo cierto. Sí que lo había para dormir, comer, ver la tele, ir al cole o a trabajar, aunque nunca llegaran puntuales. Fuera de eso, no había manera de rascar minutos al día. Aquello no daba de sí. Ya podría ser el tiempo un poco chicle y menos mendrugo de pan del día anterior o mejor

aún masa de pan que se deja amasar y llevar por donde uno quiere. Pero no. No había forma y, en definitiva, no había tiempo. Que no y que no.

QUIÉN ES QUIÉN EN LA FAMILIA NOTENGO TIEMPO

Una vez que hemos dejado requeteclaro el tema, nos toca conocer uno por uno a los integrantes de esta extraña familia.

Rigoberto Notengotiempo ejercía de padre. En cuanto se levantaba por la mañana, salía despedido hacia el trabajo. Antes se echaba un café con leche al gaznate y le hincaba el diente a una galleta de mantequilla. Todo esto lo hacía mientras se dirigía a la puerta. No había tiempo para más. A veces salía con tales prisas que no se quitaba ni el pijama e irrumpía en la oficina con camisón. Sí, un camisón masculino. Que haberlos haylos. ¿Os acordáis del señor Scrooge? Pues claro que sí. El

protagonista de ese cuento siempre llevaba un camisón y un gorrito de dormir.

Pero a lo que íbamos, pues por fortuna, después de pasar por aquel bochornoso episodio un par de veces más, Rigoberto Notengot tiempo aprendió a irse a dormir con la ropa puesta para levantarse a la mañana siguiente listo para acudir al trabajo. Un truco infalible que le funcionaba a las mil maravillas. Eso sí, casi siempre se le quedaba un poco arrugado el traje y aquello parecía un trapo, pero era mejor que aparecer en la oficina con camisón, ¿no os parece?

Por su parte, Catalina Notengot tiempo, la madre, hacía tiempo que le había copiado a su marido el truco ese de irse vestida a la cama, porque era mano de santo, pero mientras que su marido era calvo y no tenía que pelearse con cabellera alguna, ella sí que tenía que vérselas con un melenón de aúpa. Es cierto que se lo había dejado bien cortito en varias ocasiones, pero al parecer su pelambreira aprovechaba muy bien el tiempo y crecía que daba gusto. El caso es que necesitaba peinárselo a toda costa porque

su cabellera le plantaba batalla cada mañana, pero obviamente no tenía tiempo para hacerlo. Intentaba arreglárselo durante el trayecto en coche, pero aún así apenas conseguía peinar un par de mechones revoltosos. A veces optaba por ponerse un sombrero para disimular el problema y lo llevaba puesto todo el día. La verdad es que era un poco raro verla delante del ordenador con un vistoso gorro de plumas que a ella le parecía de lo más mono. Pero era la única manera de que nadie se diera cuenta de que bajo ese sombrero habitaba una bestia llamada melena a la que no había tenido tiempo de domesticar esa mañana ni ninguna. Catalina Notengot tiempo llegaba a casa antes que su marido y debía, por lo tanto, encargarse de preparar la comida para todos. Pero ¡no tenía tiempo! Optó por comprarse un robot de cocina que decían que lo hacía todo solo con añadir unos sencillos ingredientes, pero tampoco había tenido tiempo de leer las instrucciones porque ¡menudas instrucciones! Aquello daba la vuelta a toda la casa y le hubiera servido de bufanda. Al final colocó una bonita maceta de geranios encima del aparato

porque no le gustaba nada derrochar el dinero en cosas que al final no se acababan usando. De esta manera, había ganado un macetero, pero todavía tenía pendiente el problema de la comida. Para resolverlo la familia al completo se marchaba a casa de una vecina muy amiga que, al parecer, sí que tenía tiempo para cocinar. Por cierto, estaba todo riquísimo. Que para cocinar no solo hay que tener tiempo, sino que también es necesario saber cómo preparar todo y esta vecina no necesitaba máquina porque tenía mucha mano en la cocina.

Ahora llegamos a Tobías Notengot tiempo; el hermano mayor, que a sus doce años también padecía lo suyo para llegar al instituto antes de que le cerraran la puerta en las narices. Que no habían sido pocas..., por cierto. A diferencia de sus padres, él se resistía a dormir vestido porque los vaqueros le resultaban muy incómodos y el jersey de lana le picaba de lo lindo. Había decidido que lo más inteligente era comprarse un abrigo largo, enfundárselo por las mañanas para ir a clase y no quitárselo por nada del mundo. Así, con aquello encima, nadie podría ver



el dichoso pijama. Una idea redonda, ¿verdad? De modo que a Tobías Notengotiempo era fácil reconocerlo a la hora del recreo con su abrigo enorme acompañado de sus amigos. Afortunadamente en la región de los Notengotiempo solía hacer mucho frío y llovía a cántaros. Cuando subían algo las temperaturas, el curso terminaba y Tobías Notengotiempo podía al fin mandar a la tintorería su sucísimo abrigo.

A veces llegaba su amigo Faustino a casa y encontraba a Tobías acomodado en el sofá viendo cualquier cosa que echasen por la tele.

–¿Vienes a jugar? –le decía su amigo.

–No tengo tiempo –contestaba sin apenas apartar la vista de la pantalla no fuera a ser que de repente pasara algo crucial en la peli y él no se enterara de nada.

–Pero si estás viendo la tele.

–Sí, pero si me levantara de aquí para irme contigo a jugar, ya no tendría tiempo de ver la tele, ¿comprendes?

–Comprendo –decía su amigo algo turulato mientras se daba la vuelta para regresar a casa derrotado.

Ahora debemos hablar de Rufina Notengotiempo, de nueve años, que era la hermana mediana. Ni lo de dormir vestida ni lo del abrigo extralargo la convencían, de modo que Rufina siempre llegaba tarde. No pasaba nada porque era la mejor inventando excusas. A ver, porque tiempo no tendría, pero inventiva e imaginación tenía mucha. Demasiada creo yo. En su cajón de la mesilla de noche guardaba un buen fajo de justificaciones del médico para presentar al profesor, también contaba con unas muletas y una escayola de mentira que durante todo un curso había llevado en la pierna derecha para explicar su tardanza. Todo el profesorado le dió luz verde para llegar tarde, pues la pobre iba con muletas, ¡por Dios! Estaría bueno no tener comprensión e indulgencia con la alumna lisiada. Que llegase cuando quisiera, lo importante era que llegara. Y obviamente ella llegaba, aunque a saber cuándo.

Por último, tenemos a Micaela Notengotiempo, la peque de la casa, pero no por ello la menos tardona. A sus seis años apenas entendía lo

que suponía haber nacido en el seno de la familia Notengot tiempo. En su caso llegaba tarde al autobús que la llevaba a su colegio. El padre Notengot tiempo, dado que él no podía llevar a la niña, vamos, ni en broma, había optado por sobornar al conductor del autocar con manzanas y peras de su huerto, que estaban buenas a rabiar. Ya sabemos que eso no está bien, pero ¿qué podía hacer? De modo que el conductor esperaba unos veinte minutos más y al final acababa llegando Micaela Notengot tiempo correctamente vestida y peinada, como correspondía a una niña de su edad y completamente normal (vamos, como una de las que tienen tiempo de sobra).

Y vosotros diréis, y con toda la razón, ¿y por qué no se levantaban antes para vestirse y prepararse? Ay, porque eso sería como decirle a la torre Eiffel que echara a andar.

Ah, y que no se nos olvide, el perro de la familia Notengot tiempo, que se llamaba Toro Sentado. Sí, sí, como el jefe de los indios sioux. A decir verdad, este perro no tenía problemas con el tiempo. Él

podría llegar puntual a todas partes, aunque tampoco es que tuviera que ir a ningún sitio. A Toro Sentado no lo esperaban ni en el trabajo ni en el colegio, pero por solidaridad con el resto de la familia, pues hacía como que sí. De modo que disimulaba. ¿Y cómo lo hacía? Pues siempre llegaba tarde cuando lo llamaban.

–¡Toro sentado! ¡Toro sentado! ¡Ven aquí! ¿Dónde estás?

Nuestro perro estaba durmiendo en el jardín y les oía perfectamente. Se podría haber levantado en un microsegundo y haberse plantado ante ellos en un santiamén. Pero él se hacía el tardón y aparecía media hora después. Y así conseguía que nadie se sintiera mal. Mira qué bueno es este Toro sentado.

En suma, este perro sí que sabía lo que se hacía: comía, jugaba, cazaba ratones, perseguía mirlos, enterraba huesos y cortejaba perritas. Si es que para todo tenía tiempo, pues mira cuántas horas tiene el día... Pero guardadle el secreto porque debe mantener las apariencias y hacerse el remolón perdido.